



V

Oyendo que habrían la puerta de su gabinete, Ténéran levantó la cabeza, dejó su pipa encima del bufete, separó sus papeles y con la cara iluminada por una sonrisa:

—¡Toma! ¡Es Mayrault! Buenos días, hijo mío. ¿Qué es lo que le trae tan de mañana? Hace un buen día. Se puede pintar...

El joven estrechó la mano del viejo escritor, sin contestar. Sentóse en un diván, entre los libros sin cortar aún que lo invadían, esperando la opinión del crítico, y permaneció inquieto, como no decidiéndose á manifestar el motivo de su visita. Ténéran con su mirada gris, penetrante como un estilete, estudiaba la fisonomía angustiosa de Mayrault, y con profunda satisfacción, observaba en la protuberancia de su noble frente, en la línea correcta y firme de su nariz, en la luz soñadora

de su mirada, los signos característicos de su potencia imaginativa, de su atrevimiento innovador y de su simplicidad moral. Gustábasele aquel rostro, porque le recordaba el hermoso retrato de Rembrandt. Por segunda vez, y no sin cierta inquietud al ver la actitud embarazosa de Mayrault, le preguntó:

—¿Qué ocurre?

—¡Ah! mi querido amigo, ocurren acontecimientos muy simples, pero que pueden originar un cambio radical en mi existencia: estoy perdidamente enamorado.

—¿Y eso es todo?—dijo Ténéran.—No veo en ello ningún inconveniente... El amor es una buena excitación cerebral, si se sabe sacar partido de ella... Rafael amaba á la *Fornarina* y Vinci á la *Gioconda*. Ame usted, amigo Mayrault, ame apasionadamente, es cosa de su edad... Por desgracia es cosa también de todas las edades... No por ello abandone sus trabajos... ¡y todo irá viento en popa! ¿Pero, por qué me escoge á mí precisamente para confiarme sus sentimientos?...

—¡Ah! porque usted es el único hombre en el mundo en quien pueda depositar mi confianza y de quien puedo tener consejo y apoyo.

—¡Oh! ¡usted me asusta! ¿Soy acaso doctor en pasiones? El amor me dió tan malos resultados que no me parece prudente intervenir en los afectos ajenos... Bien es verdad que los críticos, que son generalmente los

fracasados de la literatura, ejercitan la profesión de discutir el mérito de los que producen, de modo que los fracasados del amor serán tal vez excelentes analizadores de aquel sentimiento...

Volvió á tomar su pipa, la encendió, y exhalando una grande bocanada que le envolvió en un círculo de humo azulado:

—Veamos—dijo—¿de quién se trata?

—Se trata de Teresa.

—¡Demontre!

El viejo literato se puso súbitamente grave, meneó la cabeza y mirando á Mayrault:

—Usted ama á Teresa... Nada más sencillo. Diré más: es muy natural. ¿Pero Teresa le ama á usted? Esto es lo importante.

—Teresa me ama—dijo Mayrault.

Transcurrieron algunos instantes de silencio, durante los cuales los dos hombres pensaban, al propio tiempo, en la misma cosa. Su preocupación era idéntica. ¿Qué influencia ejercería aquel amor en el estado moral y material de Mels? Y el discípulo y el amigo, con igual inquietud, trataban de medir las consecuencias probables de aquel hecho, tan insignificante al cabo: El amor de un muchacho por una niña. Pero el muchacho era Mayrault y la niña era Teresa. Y todo era excepcional en aquel amor: el extraordinario valer de los amantes, la originalidad de su condición, y por encima de todo, en fin, la dependencia moral y artística en que se halla-

ban respecto á Mels, que había sido para Mayrault un maestro noble y desinteresado, y para Teresa un bienhechor atento y generoso. No era posible desconocer, que quitar á Teresa de las manos de Mels, en el caso de que no asintiera á los proyectos de ambos jóvenes con efusión paternal, era casi como cometer un rapto.

Y con el corazón henchido de angustia, Mayrault miraba á Ténéran que estaba meditando este doloroso problema: ¡si Mels ama á Teresa, según he creído siempre, quitársela, es matarle! Sin embargo, no pudo olvidar por más tiempo que el joven pintor había ido á pedirle consejo. Pero, ante todo, quiso conocer exactamente los términos del problema llamado á resolver.

—¿Desde cuándo ha adquirido usted la certidumbre de los sentimientos de Teresa?— preguntó Ténéran.—¿Cuándo le habló usted de amor y cuándo le confesó ella el suyo?

—Ayer tarde.

—¿Dónde?

—En mi casa.

—¿Y por qué fué á su casa?

—Para hablarme de lo que se tramaba contra Mels, y comprometerme á que rechazara cuantas proposiciones pudieran hacérseme contrarias al interés de nuestro maestro.

—¿Y usted se lo prometió?

—No tenía necesidad de pedírmelo. Ya estaba resuelto á ello de antemano.

—De modo que le dejará usted su gloria, pero le quitará á Teresa.

Mayrault se puso encarnado al oír aquella proposición proferida con voz ruda, y que resumía claramente la situación.

—Para quitarle á Teresa sería antes necesario que fuese suya—dijo el joven—y esto no es así.

—¡Ah! Hay muchas maneras de pertenecer á alguien. ¿Cree usted que es indispensable la posesión material para que una mujer pertenezca á un hombre?

—Ante todo, se necesita la concesión moral de ella misma. ¡Cuántas mujeres no aman á aquel de quien dependen físicamente!

—¿De modo que, para usted únicamente el amor puede dar derechos á un hombre sobre una mujer? Entonces, ¿qué opina usted de la gratitud?

—Que si es impuesta, es la más atroz de las especulaciones sobre el sentimiento. ¡Qué! ¿Por qué un hombre haya tenido la dicha de ser bueno y generoso para con un ser débil, puede encadenar sin límite á su protegido bajo una especie de servidumbre moral? ¿Querrá cobrar los intereses de su buena acción? Nada hay tan feo como la usura aplicada á la generosidad. Shylock no lo hubiera hecho peor. No es una libra de su propia carne la que debe pagar la criatura auxiliada y protegida; se le exige hasta el corazón. Re-

flexione usted, Ténéran, lo egoísta de semejante concepción de la gratitud.

—Y piense usted, querido amigo, lo que tiene de espantosamente cruel el abandono puro y simple, por la niña cuidada y acariciada, del que fué su afectuoso y desinteresado bienhechor, en el preciso momento que más necesidad tiene de que se le devuelvan sus cuidados y sus afecto. No veo en ello exigencia, ni rigor. No se trata de barreras ni de cadenas. No queda más que un hombre que fué bueno y una niña que fué querida. La bondad del hombre, si no le ha creado derechos, impone en cambio deberes á la niña. El problema consiste en saber si ella los cumplirá, ó si se marchará diciendo sencillamente: «Mi dicha está en otra parte. ¡Adiós!»

Mayrault puso la mano en la rodilla de Ténéran y mirando de hito en hito al viejo escritor:

—Por lo mismo que no ignoro todo esto y que comprendo la gravedad del acto que vamos á realizar, he venido á verle. De usted sólo es de quien espero un consejo. La vida le ha desengañado: usted conoce el peso de las decepciones y el valor de los sacrificios. Usted se explicará con entera libertad y me dirá lo que debo hacer. Usted es el amigo más íntimo de Mels, y podrá hablarle con toda franqueza. Nadie podría ser tan buen juez de sus sentimientos y de los nuestros. Se

trata, ante todo, de portarse como personas dignas, y de que no haya verdugos, ni, por consiguiente, víctimas. ¿Quiere usted ayudarnos á salir del paso? Sea usted el árbitro.

—Misión escabrosa, hijo mío,—dijo Ténéran con ligera sonrisa,—y con la que se corre el peligro de no satisfacer á nadie. Pero como esa clase de favores equivalen á ser padrino en un duelo, no hay medio de rehusarlos. Únicamente, precisemos bien las cosas. ¿Qué es lo que exige usted de mí?

—Que vea á Mels y se entere de cuáles son sus verdaderos propósitos, que penetre, en una palabra, en las profundidades de su corazón. Usted es el único que puede obtener tales confidencias. A otro, sea por orgulloso amor propio, sea por afectar escepticismo, no le diría la verdad completa, y nos expondríamos á ofender al hombre que queremos considerar.

—Está bien. Yo me encargo de interrogar á Mels.

—Gracias.

En el preciso momento en que Mayrault se preocupaba en conocer los sentimientos de Mels respecto de Teresa, éste ponía en obra el proyecto concebido la víspera, interrogando á Teresa acerca de sus sentimientos respecto á él. Las más contrarias resoluciones y los más opuestos deseos encaminaban, pues, todos los intereses hacia un terreno de acción

cil, para un artista, substraerse á la corriente de la lisonja mundana... Es necesario, para desprenderse de ella, tener ocasión de apreciar cuán engañoso es su encanto... Apenas se presentan las primeras dificultades de la vida nos damos cuenta de la vaciedad de todas esas amistades... En tanto que paseamos por los salones la aureola del éxito, de la celebridad, la acogida es entusiasta y cariñosa. La cosa es muy sencilla: damos más de lo que recibimos. La señora de la casa se da tono contando entre sus íntimos á un poeta ilustre, á un novelista notable, á un músico aplaudido. Su presencia asegura la brillantez de la recepción, es el adorno de la casa. Las demás señoras se lo envidian, se lo disputan. Es el grande hombre deseado. Todas las amabilidades, todas las sonrisas son para él. Puede medir su gloria por las atenciones de que es objeto. ¿Cómo dejar de aceptar esas manifestaciones, esos testimonios de afecto? ¿Es posible que sean efímeras? Y se adormece en la quietud del culto que se le dedica. ¡Imprudente! Ya no se acuerda de la primera vez que entró en esos mismos salones, en los que reinaban ilustres desaparecidos. Halló á aquellos mismos artistas en pleno esplendor. Y de pronto su reciente celebridad los relegó á la sombra. ¿Se fijó en su decadencia y en su caída? Tal vez la lamentó. Tal vez le hizo sonreír. En cualquiera de los dos casos no pensó: la derrota que ocasionó á esos viejos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, N. L.

común, como ejércitos que se buscan para trabar una batalla decisiva.

Eran las diez de la mañana y Teresa se hallaba en el estudio trabajando en los accesorios del retrato de la condesa de Terrenoire, cuando Mels entró sonriendo. Teresa se levantó para darle los buenos días, él le hizo señas con la mano de que no se moviera, y acercándose á ella, la besó en la frente, según hacía todos los días, y luego, mirando detenidamente su trabajo, por costumbre inveterada de profesor y crítico:

—Tus blancos son demasiado crudos... La tela del traje no se armoniza lo bastante con la carne del hombro... El movimiento de la cabeza es agradable... Si avivaras un poco las flores del cuerpo, atenuarías el tono de la cabeza que brilla excesivamente... Pero tal vez esté bien así... Tú tienes tu estilo... Y tu estilo gusta... ¡Es un buen retrato! La hermosa condesa no podrá quejarse... Lo cierto es que está satisfecha. Ayer noche lo decía muy sinceramente...

—¡Ah! ¿La vió usted ayer noche?

—Comí en su casa. ¡Qué ambiente aristocrático más repulsivo! No puedes imaginar la tristeza que respira la alegría de esa gente del gran mundo.

—No lo ha manifestado usted siempre así...

—Tampoco lo he pensado siempre... He tenido mis crisis de fatuidad, como todos mis compañeros. Cree, hija mía, que es muy difí-



cil, para un artista, substraerse á la corriente de la lisonja mundana... Es necesario, para desprenderse de ella, tener ocasión de apreciar cuán engañoso es su encanto... Apenas se presentan las primeras dificultades de la vida nos damos cuenta de la vaciedad de todas esas amistades... En tanto que paseamos por los salones la aureola del éxito, de la celebridad, la acogida es entusiasta y cariñosa. La cosa es muy sencilla: damos más de lo que recibimos. La señora de la casa se da tono contando entre sus íntimos á un poeta ilustre, á un novelista notable, á un músico aplaudido. Su presencia asegura la brillantez de la recepción, es el adorno de la casa. Las demás señoras se lo envidian, se lo disputan. Es el grande hombre deseado. Todas las amabilidades, todas las sonrisas son para él. Puede medir su gloria por las atenciones de que es objeto. ¿Cómo dejar de aceptar esas manifestaciones, esos testimonios de afecto? ¿Es posible que sean efímeras? Y se adormece en la quietud del culto que se le dedica. ¡Imprudente! Ya no se acuerda de la primera vez que entró en esos mismos salones, en los que reinaban ilustres desaparecidos. Halló á aquellos mismos artistas en pleno esplendor. Y de pronto su reciente celebridad los relegó á la sombra. ¿Se fijó en su decadencia y en su caída? Tal vez la lamentó. Tal vez le hizo sonreír. En cualquiera de los dos casos no pensó: la derrota que ocasionó á esos viejos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, N. L.

vencedores, vendrá día que un artista más joven, más afortunado, más brillante me la infligirá á mí. La ley de la vida es igual para todos. No se puede haber sido y continuar siendo. Yo caeré como ellos, y sufriré como ellos. ¡No! El piensa: mi destino será excepcional, y no perderé mi prestigio con la juventud, sino con la vida. Ha aparecido un nuevo astro en el cielo, cuya atracción ha perturbado el curso de los demás. Los que no han sido precipitados en una irremediable caída, han permanecido indecisos, estacionarios, detenidos en su ascensión. Y todas las miradas se han dirigido hacia el desconocido vencedor. Todas las atenciones, todas las lisonjas, todas las súplicas han sido para él desde entonces; y los festejados, los incensados, los solicitados de la víspera, han conocido la frialdad de las defecciones y la vergüenza del olvido. Las mujeres del gran mundo, tan sonrientes, tan amables, tan lisonjeras, se han vuelto en un instante agrias, frías, indiferentes. Un helado soplo ha pasado por encima de las flores de su amabilidad, y desde entonces todo muere. Acaba, al fin, por comprender, y se decide á marcharse dejando el sitio á los demás. La hora de la decadencia ha llegado. Se acabaron los triunfos. Y como dice la canción, es inútil volver al bosque, ¡no quedan ya laureles!

Mels fué entusiasmándose poco á poco, y su explicación, empezaba en tono de sonrien-

te ironía, terminaba con acento de dolorosa amargura. No era el filósofo que se burlaba de las debilidades que había tenido y de las que se creía curado, sino el hombre que lamenta y llora los goces de que se ve privado. Teresa, contristada por aquella confesión que le mostraba el verdadero estado de ánimo de Mels, trató de sobreponerse á aquel abandono y á aquella debilidad:

—¿Pero, no le parece á usted que es cosa fácil prescindir de esas adulaciones mundanas? ¡Cuántos grandes artistas viven aislados, en la soledad y el recogimiento! ¿Y no es, en realidad, la mejor condición para que un hombre de talento pueda producir obras maduras y sinceras? ¡Cuántas veces he oído á su amigo Ténéran perorar contra su pasión de usted por los ficticios placeres de esa sociedad en que vive! Y llegaba hasta el punto de asegurar que ese ambiente tan mediocre había ejercido sobre sus producciones una perniciosa influencia, y que su franco y vigoroso estilo difícilmente pudo resistir las frivolidades de las personas mediocres que le rodeaban.

—¡Ah! bien lo sé,—repuso Mels con sorda irritación—no se ha abstenido de decírmelo á mí mismo, con su acostumbrada rudeza. Ha persistido siempre en que no había hecho aún la obra definitiva que coloca á un pintor entre los grandes maestros, todo porque había perdido el tiempo en los salones. Y te lo con-

fieso, Teresa, creo que tenía razón. Me he envilecido hasta colocarme al nivel de los imbeciles y de las coquetas entre los que he vivido durante veinte años. He hecho arte cortésano en lugar de hacer arte sincero. He dado culto al éxito, en vez de buscar la belleza absoluta. He tenido de mira la venta y he trabajado para los comerciantes de cuadros porque necesitaba dinero con que mantenerme con el mismo lujo que el mundo que frecuentaba. Y Ténéran tenía razón: no he hecho aún una obra definitiva. Pero estoy á tiempo todavía. No estoy agotado, como pretende la moderna escuela, y cómo lo escriben los críticos intransigentes. Yo les demostraré que no he dado aún la medida de mi talento. Será necesario que se rindan á la evidencia. Tengo en mi imaginación un cuadro que les hará callar. ¡Ah! Afectan desdeñarme. ¡Me tratan como á un pontífice y me relegan entre los viejos! ¡Cuidado! ¡Veremos quien es el más viejo, si ellos ó yo!

Mientras hablaba, paseábase á grandes pasos por el estudio, y con los ojos brillantes de cólera, y la boca contraída por una sonrisa desdeñosa, su aspecto era verdaderamente grande y soberbio. Calmóse poco á poco y se sentó en un taburete al lado de Teresa, que seguía trabajando silenciosamente. Entonces, con voz sumamente dulce y con acento de ternura impregnada de tristeza:

—Sí, aun puedo recobrar mis fuerzas, si

los que me rodean me quieren lo bastante para ayudarme. Me siento capaz de volver á empezar mi existencia, pero precisa que esa existencia tenga un objeto. Hasta ahora he recorrido un sendero equivocado. Me doy cuenta de ello cuando he andado las dos terceras partes del camino. Pero aun estoy á tiempo. Aun puedo salvarme.

Al oír estas palabras Teresa levantó la cabeza y miró á Mels, con una expresión de cariño tan afectuoso, que éste permaneció un instante absorto, como si pesara la gravedad de las palabras que iba á pronunciar:

—Teresa,—dijo por fin— tú puedes hacer mucho por mí en este momento de mi vida. No me queda más que un medio para recobrar la posesión de mí mismo. Dejar París, este mundo que volvería á envolverme, si me quedase, y que acabaría de perderme lisonjeando mi vanidad. Es necesario que cambie las condiciones de mi vida para renovar mis facultades. Quiero marcharme á Italia, y retirarme en un rinconcito lleno de poesía y de grandeza. Allí, en la intimidad del pensamiento y del trabajo, volvería á ser el artista que fuí. Pero me conozco. Si me quedo entregado á mí mismo, la soledad se me hará insoportable, y volveré á mis antiguas costumbres. Y esta vez, sería el acabamiento de todo. Para que resucite, es necesario, que alguien vele á mi lado. Y sólo á una mujer puedo pedir este sacrificio. Sólo una mujer

puede calmar mi angustia y reanimar mi valor. Y esa mujer, la única capaz de realizar semejante misión de amor y de sacrificio, esa mujer, Teresa, ¿no lo adivinas? ¡Eres tú!

Ella, no respondió en seguida; con la cabeza baja, siguió pintando, pero el pincel temblaba en su mano. Estaba meditando: si soy capaz de pintar este retrato, se lo debo á Mels, si me encuentro en una situación independiente y honrosa, es por que Mels me recogió. Todo lo que soy, todo lo que poseo, proviene de él. Ha llegado la hora de saldar mis deudas, ¿cabe vacilar? ¿Tendría piedad de un indiferente y voy á permanecer insensible á los ruegos de mi bienhechor?

Repuso su pincel bajo el pulgar, por entre la abertura de la paleta. Se volvió á Mels, y mirándole con tranquilidad:

—¿Cuándo quiere usted marchar?

El se puso colorado de alegría.

—¿Aceptas?

—¿Podía usted dudar?

—No. Tenía confianza en ti. Conozco tu corazón. Pero dejar París, tus amigos, tus trabajos...

—Mis amigos son los suyos. Mis trabajos me los ha proporcionado usted... Y París, ¿qué atractivos tiene para mí? No salgo más que cuando usted me obliga á ello ó cuando Celia Bazin me lleva consigo. ¿Qué puedo hechar de menos? Por otra parte, sin duda no se trata más que de algunos meses...

—¿Quién sabe, Teresa?

—Cuando haya cambiado sus costumbres, cuando esté seguro de sí mismo, le parecerá inútil prolongar por más tiempo su retiro y volverá á su casa.

Mels la miró con repentina gravedad, y con voz algo temblorosa:

—Sí, Teresa, si tu vuelves á ella con el nombre que debes llevar: el mío.

Ella palideció y sus labios se estremecieron, balbuceando:

—Yo... su nombre...

—¿Quién podría llevarlo más dignamente?

—Hace tiempo que vengo meditando este proyecto sin atreverme á comunicártelo, hija mía, pensando en la gran diferencia de edad que nos separa. Tú no tienes más que veinticinco años, Teresa, y yo, aunque me mantengo joven de cuerpo y de espíritu, tengo cincuenta... Pero siento por ti un amor tan profundo que creo llegaría á hacerte olvidar mis arrugas y mis cabellos grises. Si no me hubieses acogido con tan entusiasta franqueza cuando te he propuesto que me acompañaras, tal vez me hubiera callado, y hubiera perdido mi suprema dicha. Porque es necesario que lo sepas, Teresa; pienso en ti, no como en una hija muy querida, sino como en una mujer adorada...

Y diciendo esto, con acento impregnado de intenso cariño, se había ido acercando á ella, é inclinándose y pasando su brazo por detrás